

REFLEXIÓN

UNA PASTORAL CENTRADA EN EL ENCUENTRO CON CRISTO

JUSTIFICACIÓN

Voy a partir de unas palabras del Apóstol Pablo que describen toda una experiencia vital en cualquier cristiano, y, por supuesto, en cualquier sacerdote de Cristo. Están tomadas de la carta seguramente más apasionadamente cristiana que escribió el de Tarso: la Carta a los Gálatas. No necesitaba éste más que un contexto donde la Ley se le presentara como alternativa 'racional', mundana, judaizante frente a la fe que justifica para que le saltaran los resortes no solamente mentales, sino afectivos, históricos, vitales, para que Pablo expresara certeramente su riqueza espiritual como Apóstol. La ocasión acaba de darse en Antioquia, donde hasta Pedro con sus vaivenes pastorales, 'políticamente' correctos -diríamos hoy- han desencadenado la polémica (fraterna, pero polémica...) Basta leer Gal 2, 11-21 para ver lo que digo.

El texto paulino dice así en Gal 2, 19-20:

Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Ahora en mi vida mortal, vivo creyendo en el Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí.

Hay autores, como Bonnard, que hablan de ese **yo** del Apóstol como de un singular colectivo, si bien también refleja el propio interior del Apóstol, como sucede en Filp 3, 4ss., texto referido a su conversión personal. Es como 1 Co 11, 1 (*Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo*). Parece que la lectura personalista se impone aquí, en Gal 2, 20 también.

La muerte de Cristo es el final del pecado del mundo en sentido real, en el plano del ser. Por eso el cristiano vive ahora una vida nueva. Éste es el contexto del Apóstol, al decir que su vida es Cristo, mientras sigue crucificado con Cristo (el perfecto del texto griego así lo indica: *sunestauromai*)).

Como el Siervo de Yahvé, del segundo Isaías, Pablo afirma que Cristo trae la vida nueva, y que vivir con Él es la condición de toda vida creyente, también, por supuesto, la del apóstol del Evangelio. Es aquí de donde quiero partir para esta reflexión-oración. Siguiendo la reflexión de un teólogo actual, pienso que la raíz de todo apostolado está en la estrecha relación con Cristo; luego vendrá lo atinado de la metodología pastoral, más o menos de acuerdo con los marcos actuales de interpretación de la vida, o con las necesidades de los destinatarios (¡qué palabra más... fría, aunque expresiva...!)

INTRODUCCIÓN

Esta oración bíblica viene a propósito de algo que se da frecuentemente en nuestras vidas personales y en el fragor de la tarea pastoral: el cansancio, el agotamiento, o bien la sensación de inutilidad o de esterilidad; o, lo que puede ser peor, el pararse a la orilla, entregar la toalla y refugiarse en un *'dolce far niente'*, porque *'ya hemos trabajado bastante'*, *'que vengan otros ahora'*, etc., etc.

A veces esta realidad trasciende al individuo y puede afectar a amplios colectivos eclesiales: una congregación religiosa, una diócesis, una parroquia... Esto, frente a otras comunidades cristianas que exhalan el perfume del conocimiento de Cristo (cf. 2 Co 2, 15). Hagamos un discernimiento, analicemos nuestras situaciones, para ver dónde nos hallamos. No todo diagnóstico se circunscribe a las categorías morales de *'generosidad'* y *'relajación'*... Las cosas a veces no son tan sencillas como para dar sentencias simplistas.

A lo mejor el cansancio espiritual o apostólico que pueda invadirnos a veces (¡y ojalá no se dé entre nosotros, y esto sea sólo un recordatorio oportuno de lo que hay que superar...!) tenga entre otras causas el desenfoque de nuestro punto de partida. A lo mejor hay que hacer consciente lo que decía Juan Pablo II, al afirmar:

Vivo constantemente convencido de que en todo lo que digo y hago en cumplimiento de mi vocación y misión, de mi ministerio, hay algo que no sólo es iniciativa mía. Sé que no soy el único en lo que hago como Sucesor de Pedro.

Juan Pablo II vive su vocación ministerial, la misión que lleva adelante no como carga personal sólo -¡que sí lo es!-, sino como un momento de encuentro con el Señor, una situación privilegiada de apertura a la gracia, más allá de la validez, el sentido y los valores evangélicos que se encierran en sus tareas pastorales.

Aquí es donde me gustaría poner el acento esta mañana. Porque, igual que el pasado Papa, estamos llamados a tener una experiencia pastoral rica, estimulante, que no nos quemé, que no nos agarrote, que no nos haga vivir en la zozobra del que está llamado a medir su felicidad por los resultados, del que vive de los números, como quien tiene que dar cuenta a una instancia superior que lo va a juzgar por la que se ve: sentido, suma de valores, cuentas sólidas, liquidez pastoral. O sea, el banco de lo pastoral, lo racional de los resultados, en suma: capitalismo religioso...

Eso no hace feliz a nadie: ni a los cristianos, ni a sus pastores. Esos criterios agotan, aburren, cansan a cualquiera, lo deshacen por dentro. Claro que esto no es una llamada a la despreocupación, a no trabajar. ¡Peor para quien quiera entenderlo así...! Al contrario, urge hacer como Juan Pablo II, quien en su relación con Cristo que era su camino, su verdad y su vida, encontró la fuerza, la alegría para confirmar en la fe a sus hermanos. ¡Eso es un punto de partida rico, válido para la tarea pastoral; eso merece la pena, porque así se arraiga la vocación cristiana y sacerdotal, bebiendo en la gracia de Cristo, partiendo y estando con Él. No hay tiempos para estar con Cristo y tiempos para trabajar. El trabajo y la oración expresa son dos formas de vivir en Cristo, como Pablo.

I. EL ENCUENTRO CON EL RESUCITADO, BASE DE LA ESPIRITUALIDAD PASTORAL

Tras las llamadas 'apariciones', es decir, modos de experiencia real con Cristo, ¿qué les sucede a los discípulos, para que del miedo a los judíos pasaran a la valentía del anuncio del Evangelio? ¿Fue sólo ahora cuando supieron ver los valores, el sentido global que encerraba la vida pública de Cristo? No va por ahí la cosa. Más bien la experiencia de encuentro con Cristo, como Pablo camino de Damasco, es lo que transforma sus vidas, y desde ahí, y sólo desde ahí cobran valor los hechos y las palabras del Jesús histórico: sus valores 'cristianos', el sentido que otorga a la vida de los hombres.

O sea, los cristianos primeros aprendieron desde este momento a no coger el rábano por las hojas. La fuerza del Espíritu les llenó de coraje (¡*parresía* aprendimos a decir desde los primeros años de Seminario!), y un amor nuevo los inundó, el testimonio de las mujeres que ven el sepulcro vacío y se encuentran con el Maestro les llena de ilusión, de alegría. La victoria del Resucitado genera en ellos la convicción de la verdad.

Entonces, el modelo de pastoral de estos discípulos, que también parten de la realidad, que tienen cogido el ritmo a lo que sucede en su tierra, que saben de análisis de la realidad experiencialmente, es un modelo que parte del encuentro con el Resucitado. De ahí su vigor. Por eso no se agotan fácilmente en sus tareas. No se amoldan de entrada a los esquemas 'racionales' del mundo, a lo que se les pide para actuar de forma 'políticamente correcta': ¡no! Ellos se abren a un modelo nuevo de unión, de comunión con el Señor, para profundizar en la amistad con Él y con los hombres. Hacen falta modelos pastorales pedagógicamente y humanamente correctos; pero eso es secundario. Lo que los determina es la fascinación que el Señor produce en ellos de entrada. ¿Nosotros podemos hoy también ser testigos de ese Señor Jesús con valentía, sin estar obsesionados por la racionalidad y validez, y sentido 'natural' de lo que hacemos, para que esto 'enganche' naturalmente con la gente? ¿Podremos liberarnos de esos condicionamientos seculares, de ese pago de tributo a la mundanidad en nuestra tarea?

No somos sólo obreros de la causa de Jesús, trabajadores del Reino y de sus valores (¡que sí, lo somos!), sino personas que viven en relación con Jesús. Igual que los discípulos de Jesús después de la Resurrección, que porque viven como su Maestro, comienzan a sentir sus preocupaciones e intereses, nosotros no sólo nos preocupamos por las causas justas, luchamos por la justicia, sino que, sobre todo, vivimos en directa conexión con Él.

Encontrarse con el Resucitado lleva a experimentar que Él vive por mí, ha salido victorioso frente al mal. O sea, nuestro Redentor 'vive'. ¿Somos conscientes de que nos ha sacado del mal, de la soledad, de la ceguera, ha eliminado nuestra desesperanza? ¿Caemos en la cuenta de que así la pastoral que llevamos adelante cambia de estilo, cobra un ser nuevo?

Sólo si experimentamos que el Señor nos ha sacado del abismo profundo podremos sentir gratitud hacia Él. Así descubriremos el amor de corazón, y reconoceremos los límites de la acción, de la tarea a realizar sin agobios empobrecedores, con liberalidad, con libertad. ¡Qué buen estilo pastoral...!

Entonces sabremos que lo importante en la pastoral no es lo que podamos lograr, sino lo que el Señor realice en la vida de los otros, y lo que le dejen hacer. Aquí se podrá experimentar aquello de que 'siervos inútiles somos' (cf. Lc 17, 10), que somos sólo colaboradores, que no vale 'ni el que planta ni el que riega, sino Dios que da el incremento', en palabras paulinas. ¿No estamos palpando aquí una mística de lo pastoral, más allá de los ajeteos del día a día...?

Ahora se podrá descubrir que el seguimiento de Jesús implica una relación personal con Él, para dejarse guiar e instruir por Jesús, sin protagonismo de ninguna clase. Es el momento de recordar que su 'yugo es llevadero', que su carga es 'ligera' (cf. Mt 11, 30).

II. MÁS ALLÁ DE LA EFICACIA PERSONAL. SUPERANDO LA PASTORAL 'DEL SENTIDO'

Al fondo de toda pastoral subyace -debe subyacer- una visión y una experiencia de Jesucristo, personal, comunitaria, rica. Los pasajes que hablan de la Resurrección constituyen una buena base cristológica para cualquier planteamiento pastoral.

Y desde ahí se pueden apreciar como alternativas más bien pobres, reduccionistas del mensaje evangélico o bien poner en primer término los valores, el 'sentido' evangélico que encierran los hechos y palabras de Jesús en su vida histórica, o bien partir de una mera lectura de estos hechos y palabras del Señor, válidas desde luego, cargadas de sentido para la vida, pero sin que lo preceda todo el encuentro personal, la apertura a la gracia transformante de Cristo resucitado.

En el primer caso se trataría de una 'cosificación' de las derivaciones prácticas del Evangelio de Jesús, con el riesgo añadido de 'amoldarlas' al sentir, al estilo natural, mundano de la gente. ¿No se estaría tratando aquí de una especie de 'secularización' del mensaje de Jesús?

En el segundo caso, relatar los hechos de Jesús, un personaje ciertamente atrayente, como fundamento de una actividad pastoral, destacando sus actitudes podría no ser suficiente, si no se acompaña este hacer pastoral de una decidida confesión de fe en el Jesús Resucitado, el Señor Salvador, el Hijo de Dios.

Como dice un teólogo actual, si no partimos de la fe y de la experiencia en un Dios mesiánico, como se ve en la Biblia, habremos reducido su presencia en la vida y en las tareas apostólicas a contar con un Dios burgués, que sería

'digno de ser implorado, porque ni es exigente, ni

consuela, ni interviene, ni abate, ni levanta, sino que-como valor-protege, envolviéndola, nuestra identidad burguesa preconcebida. Dios reconvertido en "valor": ésa es la suerte de Dios en la religión' actual.

Si sólo nos vemos como trasmisores de 'sentido' y de valores cristianos -lo cual está muy bien- pero nada más, habremos reducido a Dios a una serie de normas, leyes aptas para andar por aquí, y nada más.

Habría, entonces, que preguntarse: ¿Y la capacidad de Dios de sorprender, de irrumpir en nuestra vida? ¿Sólo lo vamos a domesticar para que se adapte a nuestras exigencias actuales? Dice otro autor:

'Sin contacto con la Fuente, nuestra vida pasa a convertirse en la ejecución de un programa, en la lucha por unos objetivos, en la vivencia de unos valores, en la prosecución ...de un sentido...'

Porque, desde luego, un cristianismo que no parta ya incondicionalmente de Cristo, está vacío del seguimiento de Cristo, es una idea, un mito, aunque sea mito moderno, actual, de moda... (¡Así lo pensaba Bonhoeffer...!).

En el fondo, partir de los valores del 'sentido' de la vida, aunque sea con inspiración cristiana, ya no es partir del anuncio y de la vivencia del Señor Resucitado, de su apertura a la permanente novedad de la gracia transformante, de la que hace *Hombre Nuevo*, como decía Pablo (cf. 2 Co 5, 19ss.). Sería más bien una forma de partir de los criterios modernos, actuales para hacer apreciar lo que previamente se considera como plausible hoy día. ¿No habríamos reducido, entonces, la relación con el Señor sólo al plano de lo meramente personal...? Creo que sí.

Los valores de la justicia, la verdad, el amor, el sentido cristiano de la vida, etc., todo eso es estupendo. El tema está en partir limpios, abiertos, del encuentro con Dios en Jesús, que es vivo, actuante, sin que le preparemos de antemano el programa, sin 'mundanizarlo'... Hay que partir, por tanto, de la experiencia directa con el Señor, y seguro que se llegará a esa constelación de valores humanos y cristianos antes citados, que son evangélicos, por supuesto. Pero el centro será Jesús, no nuestro programa. Volvemos así al contacto con la Fuente... Ya no nos moverá una actitud prometeica, de salvadores, de implantadores a toda costa -so pena de fracaso metodológico- de unos esquemas traídos del Evangelio.

O sea, que se nos llama a que seamos, vivamos del Señor, no de nosotros mismos (cf. Gal 2, 20).

El modelo pastoral de los valores, que parte de ellos, lleva a una pastoral antropológica, del sentido de la vida-lo cual es bueno, sin duda-. Pero partir de Jesús de su experiencia, de la gracia del Resucitado que modela y orienta nuestras vidas lleva a vivir la vocación cristiana sin las apoyaturas cómodas de la mundanidad, de los planos racionales, etc. Aquí el Señor puede irrumpir pidiéndolo todo para seguirle. ¡Ya no se trata de una pastoral estilo ONG, sino de los discípulos de Cristo...!

Estamos llamados, por tanto a adorar a Jesús, a seguirlo dondequiera que vaya, porque es el Dueño de la vida.

CONCLUSIÓN

Jesús no quiso implantar la Seguridad Social ni un sistema educativo que sustituya el esfuerzo humano. Con una serie de signos claros quiso anunciar la llegada efectiva del Reino de Dios: nada más y nada menos.

Por eso nuestra tarea pastoral es continuar con los signos de Jesús en medio de la gente.

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
aderojasr@yahoo.es